

Carmen Conde Abellán en la revista Mujeres Libres. 1936-1938

“Y ésta es la misión más poética, más noble, más científica de la Pedagogía: hallar la luz en cada alma”



Carmen Conde Abellán, Foto de la tarjeta de lectora (firmada por la Directora María Moliner) de la Biblioteca Universitaria de Valencia, 1938.

Fuente: Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver.

Recientemente la [revista Mujeres Libres](#), portavoz de la organización anarcofeminista de igual nombre, ha aparecido en la Red, rescatada por la CGT de Valencia. Se publican los 13 números de dicha publicación, aparecidos entre 1936 y 38. Buscando referencia en la misma acerca mujeres andaluzas nos encontramos con un escrito sobre el **bombardeo de Jaén** firmado por **Carmen Conde** (la escritora que rompió el monopolio masculino en la **Real Academia de la Lengua** el año 1979). Nos hace especial ilusión porque esta autora ha sido muy importante para valorar otras dos figuras femeninas de nuestra tierra.

Amiga, admiradora y difusora de [Celia Viñas](#) a la que dedica, entre otras, [estas bellas frases](#): *“Si en el mundo existe alguien capaz de hacerlo todo con un absoluto fervor poético, de entregarse hasta la exhaustación a una obra de arte, a una empresa de cultura, de divulgación literaria o defensa de los valores eternos se llama Celia Viñas. Criatura irradiante, comunicativa, es autora de una poesía en verso y en prosa, llena de sensibilidad.”*

Y sería precisamente en un homenaje a Celia Viñas, [“en la Alcazaba, la noche del 22 de junio de 1974”](#), cuando Carmen Conde dice las frases mágicas que impulsan el redescubrimiento de otra almeriense grandísima escritora y pionera en tantos campos: *“Hubo otra gran mujer, almeriense de nacimiento..., [Carmen de Burgos](#), a la cual leí siendo yo jovencísima. Habrá que reivindicarla”*. El entonces jovencísimo **Juan José Ceba** recoge el guante y con la historiadora **Ana Martínez Marín**, más el apoyo y sugerencias de Carmen Conde, comienzan a reponer en órbita a nuestra **Colombine**.

Volvemos a **Carmen Conde en Mujeres Libertarias**. Con la intriga en la mente nos ponemos a bichear en Internet y aparece un artículo de M^a Ángeles Sánchez Suárez¹ en el que se reproduce una nota

1 Mujeres En Melilla. M^a Ángeles Sánchez Suárez. Edita: SATE-STEs y Grupo Editorial Universitario. ISBN: 84-8491-364-

de Jesús M^a Montero Barrado² donde se indica la existencia de artículos, cita algunos, de Carmen Conde en Mujeres Libertarias y nos da un dato fundamental, la utilización del pseudónimo **Florentina**.

Publicamos **la relación, con el enlace al número de la revista** en que aparecen, de todo lo que hemos encontrado con el nombre de la autora y con su pseudónimo, sin descartar de que algunos sueltos sin firma, puedan ser suyos. En todo caso es de las personas con mayor número de publicaciones en la revista Mujeres Libertarias.

Y reproducimos las páginas en que aparecen sus artículos.

Esta recuperación de artículos, que en su mayoría no volvieron a la “circulación”, es una forma de mostrar el **agradecimiento** desde Almería por el apoyo que significó en la “puesta en valor” de dos de nuestras almerienses más ilustres.

Entre estos escritos encontramos relato, ensayo, poesía (para gente adulta y pequeña) y una atención muy especial al mundo de la infancia, con ideas pedagógicas, también era maestra, en sintonía de las que años después desarrollaría Celia Viñas.

Nos gustaría que estas lecturas invitaran a gustar de más escritos de Carmen Conde y que animara a saborear la revista Mujeres Libres, fundamental en el feminismo español y, además, con una calidad tanto en el fondo como en la innovación formal que es para descubrirse al descubrirla.

RELACIÓN DE ARTÍCULOS

Precede el enlace de la revista completa en que aparece.

Tras esta relación están reproducidas las páginas en que se hallan.

<http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2003.pdf> Página 3 Florentina. *Sobre el delito la obediencia*. Cartagena 1936

<http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2008.pdf> Página 9 Florentina. *Niños. De lo que no se hallan los niños en la escuela*.

<http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2009.pdf> Página 8 Carmen Conde. *Sobre la Fe*. Página 10. Florentina. *Niños. La fuente de conocimiento máxima...*

<http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2010.pdf> Páginas 22-23 Florentina. *Niños. La sensibilización debilita a los seres* Página 26 Carmen Conde. *Poemas de: el mundo empieza fuera del mundo*.

http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2011_0.pdf Página 13 Carmen Conde: *Estampa nacionalista de la guerra civil española. (El aviador bárbaro sobre Jaén)* . Página 46 Carmen Conde. *Poemas. A los niños que mueren en la guerra*.

En Página 43 de este número se anuncia, con breve suelto, que ML publica el folleto de Carmen Conde "La composición literaria infantil". En otros números de la revista también se le da publicidad a ese folleto.

<http://cgt.org.es/sites/default/files/Mujeres%20Libres%2012.pdf> Páginas 18-19 Carmen Conde. *Poema del aire de la guerra*. Frente Sur. 1937 Página 26 Florentina. *Lo que debe decir el que tiene*. Páginas 35-36 Florentina. *Niños. El mejor mundo el de los sentidos*.

[Http://cgt.org.es/sites/default/files/mujeres%20libres%2013.pdf](http://cgt.org.es/sites/default/files/mujeres%20libres%2013.pdf) Página 24 Carmen Conde. *La luna que se escapó del cielo*.

3. Depósito Legal: GR-1127-2004

2 “Carmen Conde colaboró con asiduidad con artículos y poemas, incluso con una pequeña obra de teatro. Firmó a veces con su nombre, con sus iniciales o con el pseudónimo Florentina.

Su primera colaboración sale en el número tres de la revista, es un artículo titulado Sobre el delito de la obediencia. Otras colaboraciones serían: Sobre la fe(nº9), los poemas El mundo empieza fuera del mundo (nº10), A los niños que mueren en la guerra (nº11), Poema del aire de la guerra (nº12), Y el diálogo La Luna que se escapó del Cielo (nº13).”

“La revista Mujeres Libres antes de la guerra civil”. Anarcofeminismo en España. Jesús M^a Montero Barrado. Fundación Anselmo Lorenzo. Madrid, 2003.

tica? ¿Cómo pueden encontrarse el oriente y el poniente, lo que vuelve la cara al ayer y lo que mira hacia el mañana? ¿Sobre qué base común se levanta este Hermes desconocido?

Sobre la sumisión—contestamos nosotras—, sobre la política, que es la negación suprema de la libertad.

Por ley natural todo lo que está establecido tiende siempre a conservarse, y la política no es otra cosa que la actividad conservadora de las cosas estatuidas; y, ésto, aunque se disfrace de todos los colores del arco iris, no es, no puede ser jamás, la política un instrumento revolucionario; las revoluciones las hacen los hombres, la política las anquilosa y las anula, sustituyendo la acción vital y progresiva de las multitudes por rimeros de papel impreso, por «Gacetas» y Códigos.

En Rusia, como en Alemania, si alguien intenta ir más allá de la «Gaceta» o del Código—no importa que preconice una justicia más amplia, un sentimiento más humano—la política, la actividad conservadora, le declara su enemigo y le anula en Rusia como en Alemania. La política es el grillete de los pueblos y los pueblos han de limarlo si quieren ser libres.

Entre tanto, que los que levantaron su voz por la liberación de Ana Pauker, si fueron sinceros, que la unan a la nuestra para protestar del secuestro de Zenl Muhsam, en Rusia.

↔ Sobre el delito de la obediencia

Claro está que la Libertad no es un accidente. Puede el sér esclavo estar libre. Y dentro de una sociedad de esclavos lo fundamental es romper la corteza de los libres de espíritu para que muevan su libertad externa y liberar a los sepultos en su quietud de bestia, a fin de que conquisten su alegría de movimientos. El que no tiene libre el alma no sabe usar la libertad de afuera; y busca sometimiento irracional para que la vida tenga por lo menos el fin de obedecer.

La primera virtud es la desobediencia. Pero querríamos que la desobediencia tuviera argumento de razón, o que no tuviera ninguno a fuerza de intuir todos los argumentos del Universo. Un eterno descontento es un agitador, y tiene de bueno y de notable que desatasca a los rezagados, remisos, dinámicos en potencia, estáticos..., que al hallar ante ellos una rebeldía sin fin, tornillo al viento trágico de la impaciencia sin objeto, saltan sobre lo que se debe hacer y que no vió el desobediente específico.

Fomentemos, pues, la desobediencia. En primer lugar, porque se trata de formar el espíritu, la desobediencia de tipo íntimo: contra lo que se llama destino, predestinación, ambiente y sentimiento. Libres del lastre que somos para nosotros mismos, ya andaremos en condiciones de desobedecer lo ajeno. Porque no se puede rebelar un sér contra un mecanismo complicado si no sabe hacerlo contra el simple mecanismo de un instinto suyo, una pasión o un deseo. La libertad comienza en nuestra propia conciencia. Y no habrá miedo de que nos demos, voluntariamente, a algo, si sabemos dejarlo cuando queramos. La fatalidad encubre la holgazanería. El destino es, sin duda, la justificación de un sér abúlico.

Hay, pues, que fomentar la pasión.

Pues en la pasión, por cualesquiera cosa, hay siempre una fuente de recursos lícitos aprovechables perfectamente. Con pasión un espíritu puede captarse a sí mismo; la pasión derivará de objetivo, pero no se perderá. Y juntándola a la desobediencia obtendremos un arquetipo bien provechoso.

El problema no es ya de sumar, restar, ni siquiera separar operaciones aritméticas. El problema es distinto para cada sér y el sér debe decidir en cada caso. Una conciencia equilibrada andará cauta en adoptar posición firme, pues ahí empezaría la sumisión, la obediencia. Y un rebelde sempiterno no haría sino señalar rutas y alientos que no completaría jamás.

Pero el sér consciente, libre y dueño de sus sentidos y de su inteligencia, sabría emplear el valor inmenso de su desobediencia en razonarse dentro del cosmos, en servir de ejemplo ejemplar ante los otros seres. En superarse, perfeccionarse, enriquecerse de dones, está la raíz de la desobediencia fundamental: que una sociedad donde todo esclavo es eslabón del otro esclavo, se romperá el día en que el primero sepa hábilmente cortar el hierro sin herir la carne del compañero y oponiendo a la caída de lo que se sostiene por fuerza un hombro donde ya esté erguida la Norma que otros podrán superar y ninguno rebajar de pasión ni de perfección.

Porque lo que no hay que olvidar es esto: que no podemos tampoco obedecer a la masa cuando ésta se empeñe en perderse y en perdersenos.

FLORENTINA

Cartagena, junio 1936.

La enorme labor del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social

Dicen que la Historia no camina a saltos. En España, sí. Siempre, y en todo, ha ocurrido igual.

Ejemplo: Los Estados modernos han creado y han ido perfeccionando una compleja actividad de zamparo al desvalido, al rezagado en la marcha de la sociedad, unas veces por imperfecciones de ésta; otras, por taras y circunstancias personales. Esta actividad protectora del Estado, con el nombre de Asistencia Social, no existía de hecho en España. Ni siquiera el nombre. Al precario, insuficiente y humillante auxilio que los organismos oficiales prestaban a algunos desvalidos más o menos protegidos de la señora Marquesa, se les seguía llamando Beneficencia, equivalente oficial de lo que individualmente —y católicamente— se llamaba «caridad».

Pero surge la gran tragedia que vivimos. El radio del desamparo y del dolor que exige alivio se extiende casi al infinito. Disminuyen, aún más, el trabajo y el pan; aumentan toda clase de orfandades. Y, sobre todo esto, surge el inmenso problema de la evacuación de poblaciones íntegras, el problema de los refugiados por miles, por millones.

Paralelamente, el problema sanitario, tan abandonado en España como casi todo, agrava con las acumulaciones extraordinarias, con la escasez y extraña calidad de los alimentos, con la falta de jabón, con las aguas filtradas a través de cadáveres humanos, con los montones de escombros amontonados en las ciudades sacrificadas...

En estas circunstancias, se crea un Ministerio de Sanidad y Asistencia Social —ya no Beneficencia—. Al frente de él actúa una mujer de tan dinámica capacidad de ideales y de realizaciones como Federica Montseny. Y nuestra compañera, asistida por el trabajo enorme y por la inteligencia de otras camaradas —como Amparo Poch Gascón—, acomete los inmensos problemas de esta nueva actividad estatal recién creada en España, problemas agigantados por las circunstancias.

Y se hace frente al saneamiento de ciudades —que nunca estuvieron saneadas en tiempo normal— y se dictan y aplican los decretos que organizan la evacuación, acogimiento y régimen de vida de los miles y miles de evacuados, atendiendo a los múltiples aspectos que suscitan: economía de la región o localidad acogedora, intereses materiales y morales del propio refugiado, relaciones entre éste y la familia que lo acoge, etc.; creación de los organismos adecuados que han de regular todo esto, expediciones de niños al extranjero.

En meses, en semanas, se supera en España un atraso de siglos. Se hace lo que estaba por hacer y mucho más.

En España, la Historia sí camina a saltos.

MUJERES MADRILEÑAS:

Aunque os duela en vuestra decisión heroica, en vuestros hijos y compañeros clavados en los frentes que rodean Madrid, hay que salir de la capital, colmada de peligros y escasa de alimentos. Todo Madrid es hoy avanzada de guerra; todo el que allí no lucha con las armas o con un trabajo o con una misión estrictamente de combate, estorba.

Mujeres madrileñas: Sois un problema más en la defensa de Madrid. Eliminaid este problema trasladándoos a Levante.

REFUGIADOS

María y Rosa acompañan a su madre. Las tres son refugiadas del Sur. El Comité les ha asignado dos habitaciones en una casa lujosa. Las llevamos hasta ella y, al entrar, se quedan extasiadas ante los muebles suntuosos y la magnífica lámpara veneciana. María se dirige de pronto a la pared y en ella resbalan sus dedos con un afán de curiosidad. —¡Pero, si es de seda! —dice con el mayor asombro—. Sí, sí, de seda; no cabe duda.

Nos despedimos de ellas para dejarlas descansar y les prometemos una próxima visita.

Las chicas tienen dieciocho y diecinueve años, han llegado con lo puesto y lo puesto se va haciendo cada vez más imposible.

A los pocos días volvemos a verlas y las hallamos completamente transformadas. Unas blusitas coquetonas dan gracia a la cabeza bien peinada. Buscamos el motivo de aquella transformación, y la pared nos lo indica: las sedas son de su mismo color y deducimos que han sido arrancadas de un ángulo de la habitación. Las muchachas, al verse descubiertas, se echan a reír con toda su alma y nos explican:

—Tenemos telas para dos cortes de vestido, además de las blusitas que nos hemos sacado. ¡Lo guapas que nos vamos a poner este verano! —nos dicen llevándonos ante el muro despojado—, porque debajo de esta seda azul hay otra, aún, más bonita. ¡Qué gente ésta! ¡Para qué equiparían las paredes así? A mí que no me digan que esto es una casa ni un refugio. Esto es, sencillamente, una cantera.

NIÑOS

De lo que no hallan los niños en la escuela

La terrible costumbre pedagógica de meter al niño en la cabeza la mayor cantidad, sin cultura generalmente, de conocimientos, considerada a la ligera no deja de ser una repugnante manía, pero... ¿se le da, con desdén, toda la importancia que tiene en la formación del chico? Precisamente lo más importante, lo fundamental de toda educación, se descuida en definitiva, apañándolo —cuando hay una idea ligérrima de que debe existir— para cuando el niño anda por institutos o universidades, donde, desde luego, tampoco



co halla el escolar lo que es más necesario a su formación: los medios de verse al exterior, de manifestarse, de sacar afuera su mundo, el que trajo y el que adquirió. No facultado de medios propios para extraverterse, el muchacho solo aprende lo más sencillo y adocenado: a repetir canorosamente todos los postulados que la ciencia tiene y que si son hermosos es porque nos ayudan a encontrar otros por nosotros mismos. Aun en el joven menos creador, podemos desarrollar la facultad de manifestarse a lo exterior; de interpretar el mundo con procedimientos tangibles: literatura, dibujo, pintura, música. La educación consciente no atiborra de instrucción, en primer lugar, sino que facilita para adquirirla. ¿Qué más da que un chico de doce años sepa ya muy bien el teorema de Newton, o el de Pitágoras, o el de Arquímedes, si no sabe expresar lo que siente cuando se encuentra ante la Naturaleza, o escucha armoniosas canciones, o medita, sencillamente, sobre su pequeño mundo importantísimo?

Enseñar a manifestarse: ésta es toda una ciencia, maestros! Pero ya sé que todos no somos capaces de ella, y que, por lo tanto, no podemos trasvasarla a nuestros pequeños aprendices. Será necesario renovar con toda urgencia a aquellos jornaleros de la enseñanza, substituyéndolos por seres que se entreguen a ella con el mismo entusiasmo que el pintor a sus óleos y el poeta a sus poemas. Enseñar como se hace Música: por Arte. Y que no haya por medio una satisfacción económica por enseñar. Que se subvenga a todas nuestras necesidades, porque sí; pero no por enseñar. Mientras no se destierre la costumbre de malpagar a los maestros y sea esta carrera una cosa ridículamente lucrativa, como lo es, nadie se acostumbrará a considerarla como un sublime sacerdocio, indispensable cuestión si queremos que la obra alcance la altura y la belleza que merece y precisa.

Es decir, concretando: que tenemos la convicción y la EXPERIENCIA de que se alcanzan resultados prodigiosos en el espíritu infantil, en su inteligencia, con el que llamaremos método (fea designación, pero hay que sintetizar) de ayuda a que cada uno saque de interior las luces de que está provisto. ¿Qué duda cabe que el dibujo y la literatura son medios formidables? Claro que nadie incurrirá en la ingenuidad de creernos tan lejos de la realidad que esperemos "creaciones" de los educandos. Lo que esperamos y encontramos, son interpretaciones de sus percepciones, de sus intuiciones. Enseñar el Mundo, mostrar sus tesoros, y pedir al niño (no con imperativos categóricos, ¡frios!) que nos cuente qué piensa de lo que ve, oye, huele, toca y gusta. Que nos lo diga de palabra, acostumbrándose así al diálogo, supremo bien que nadie, ¡nadie! debe eliminar de su vida; y que luego nos lo escriba, nos lo pinte... Veremos cómo hay quienes repiten fielmente las circunstancias, con belleza, monótonamente; cómo hay quienes las "re-crean"; cómo hay otros que las olvidan; cómo hay otros que las inventan. Y cómo hay otros que... ¡ni las ven! ¿Dónde está, entonces, el maestro? Pues a él compete, directamente, que... ¡la maravilla de aprovechar, de encauzar todas estas manifestaciones.

La fantasía, la imaginación, la observación, la fidelidad a los temas, la improvisación... todo un mundo mágico se nos dilata ante los ojos... Nuestro deber de seres más enterados del proceso humano, nos obligará a no perdernos en nuestra propia gloria y éxtasis; y a no perder a los chicos, tampoco, en un Mundo todo así; no perderemos de vista la instrucción, la cultivación, la facultación. Estableceremos un equilibrio divino que nos devuelva, lúcida, aquella hábil sentencia clásica tan maltratada por los profesionales: *mens sana in corpore sano*.

¡Ya sé que habrá que dar un esbozo de métodos! Se darán, naturalmente, para uso de los que todavía necesitan los errores de los demás para hallarse a sí mismos. La palabra método es inadecuada, primero; porque como de tipo creador, en este menester juega un mucho la inspiración, la intuición. ¡Que nadie sin fantasía, sin intuición, sin inspiración se crea maestro! Con esta advertencia hay mucho demostrado de nuestros desvelos teóricos y de nuestras observaciones prácticas.

FLORENTINA



SOBRE LA FE

Creer es crear. Sin fe, sin fervor, no se construye ni se destruye. Estar sin fe es un estado trágico, de fracaso, del ser; y un ser que precie sus características fundamentales, vitales y vitalizantes, no se puede lanzar a la vida sin fondo ni forma que es la de ir sin fe. A todo el que no crea, hay que llenarle el espíritu de ímpetus. A todo el que esté caído, gastado en exceso de vida interior o en desgaste de vida exterior, ¡hay que transfundirle la Fe!

¿A qué llamamos fe? A la maravillosa circunstancia espiritual que da capacidades de creación. Con ella, hundido el cuerpo en la arena hirviente del dolor, se vence, se sale, se sobresale. El ser nace con una inclinación específica a la fe o al pesimismo; hay raíces ancestrales que fijan posiciones «a priori»; pero toda la ciencia, la «científica biológica» y la espiritual, casi libertan al ser de sus cadenas colocándole en disposición de creer y de hacer. Cuando surgen individuos sin estímulo intenso, limitados por su propio peso, es en los creyentes, es en los iluminados en quienes vive, alienta la responsabilidad de que «ellos» aprendan a ir, a enfervorizarse, a elevarse minuto a minuto por encima de su negatividad instintiva.

Con la fe, encontramos que la Idea se lo viste todo con suavidad de flor; y el sacrificio, el dolor, esta ascua de pasar el corazón por entre hielos agudos de incomprendimientos, intolerancias, es una dulce agua moldeadora de la mejor luz.

Sin la fe, cuantos paisajes nos muestra la existencia carecerán del contorno estricto de nuestra alma, y caminaremos a rastras de los días con la misma doliente figura que adoptaríamos de tener que andar tras un buey gravísimo, que tal es entonces el Tiempo del pesimismo.

¡Contra el negativo, contra el destructor absurdo del no creer, yo levanto mi fe ciclópea, mi fe de siglos, mi sangre en «sí» delirante.

Demos por la fe todo el vigor vital; y a la fe de los hermanos toda la importancia máxima que tiene la verdad. Toda responsabilidad es una para todos y para cada uno. Si aquel está sin fe, ¿para qué quiero yo la mía? ¡Hay que trasvasársela arduosamente!

Y es así, será entonces cuando esta lumbre en que yo ardo, me alce en columna que sostenga un universo definitivo.

Nadie se evada de su deber para con la fe. Hay que creer. Hay que crear. Nadie puede ni debe vivir sin fe.

CARMEN CONDE



Esta vendedora de estropajos no quiere salir de Madrid. Su estoicismo tiene trampa. ¡Aquel hijo que lucha en La Ciudad Universitaria!... Por eso no tiene miedo a los obuses y dice que, ¡adónde va a ir ella ya tan vieja!

JUVENTUD

"Luchar es más que vencer", fué la consigna heroica de nuestra juventud en los primeros días de guerra. Vencer era la finalidad propia del cálculo de la estrategia. Luchar, la razón viril de nuestros muchachos. Hacía falta morir, y ellos, los jóvenes, los fuertes, marcharon al sacrificio alegre que tanto deseaban. Han caído de todos los sectores antifascistas. La Juventud ha luchado espléndidamente en todos los frentes. En la Casa de Campo quedó casi íntegro el Batallón Juvenil Libertario. Morían con el optimismo del "No pasarán", con el optimismo y la convicción joven de que "luchar es más que vencer": es el vencer seguro.



¡Que nos enseñen un incontrolado!

Todavía no hemos logrado ver un incontrolado. ¡Y qué curiosidad, tan femenina, sentimos por estos seres incoercibles! ¿Tendrán los ojos verdes como las náyades? ¿Negros como la traición? ¿Y cómo irán vestidos?... Porque no acabamos de creer que los incontrolados sean exactamente esos monstruos terroríficos que el arte comunista adaptado a Cataluña hace pintar hasta a sus mejores artistas: cara feroz, un puñal en la boca, una ametralladora en cada mano y un collar de bombas de cien kilos —¡Si no fuera porque hemos visto tantas veces la danza de los apaches!...



¿Cómo será un incontrolado?

Nosotras no tenemos la culpa

Parece que los actuales regidores de la República democrática y parlamentaria están preparando la reposición del culto católico, con todas sus consecuencias, en la España antifascista. Habrá otra vez misa de doce.

Que conste que nosotras las mujeres, estas pobres mujeres españolas, tan motejadas de beatas empedernidas, no tenemos la culpa. Es el Partido quien lo ha dispuesto.

Nosotras no habíamos dicho una palabra.

niños

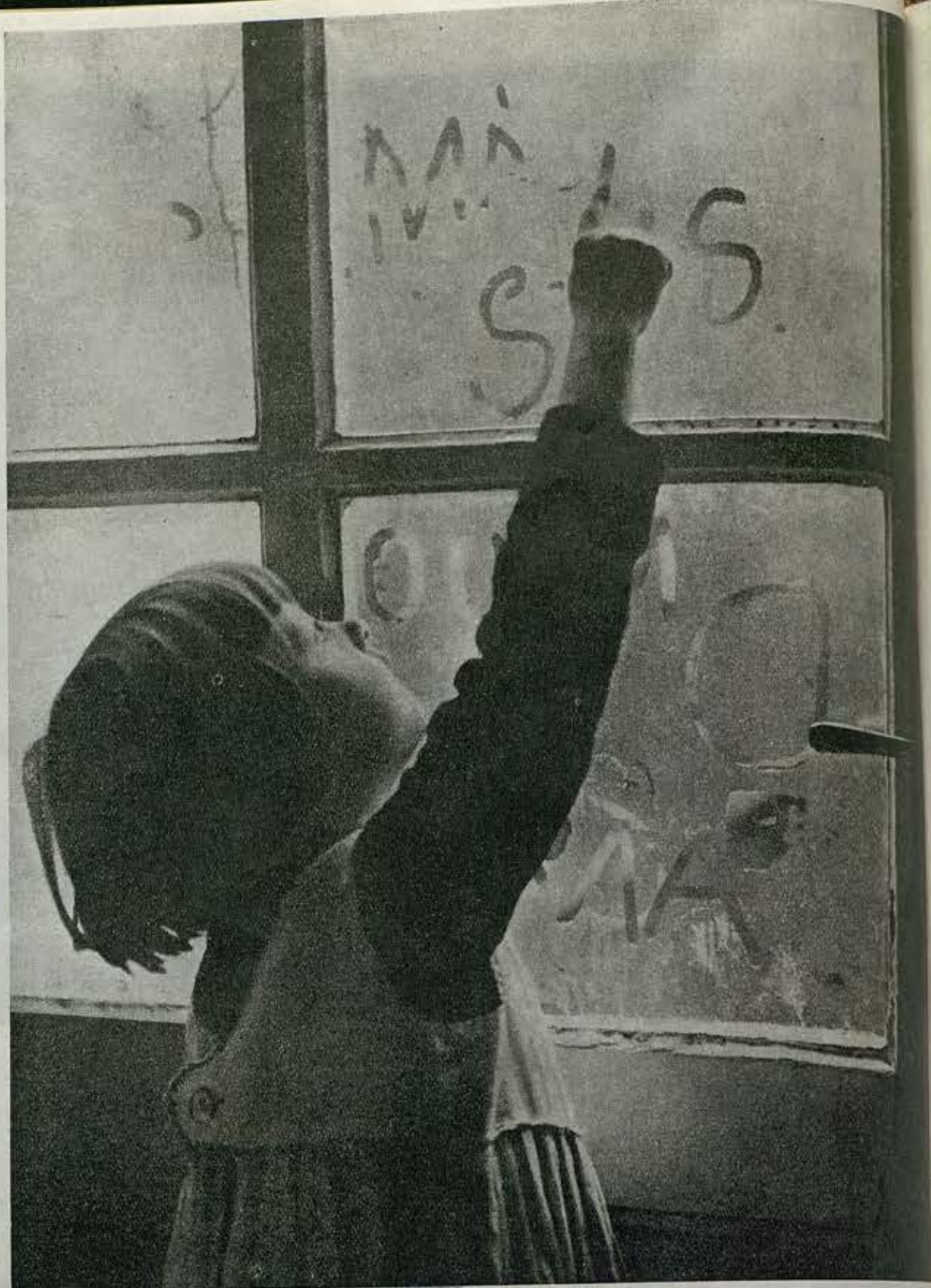
LA fuente de conocimientos máxima en la vida entera y principalmente en la infantil, es la del interés; todo aquello que nos lo despierte, nos sirve para aprender; por lo tanto, la indagación cuidadosa del mundo que percibimos, que elegimos, será una manera eficaz de conocer al ser; y conociéndole, de administrar sus facultades; porque un maestro que observa, conoce, comprende, sólo tendrá que interpretar para acertar.

El chico vive la calle con una pasión extraordinaria; la calle es el país maravilloso donde ocurre todo lo que tiene alas, viento, luz, lluvia... Para unos chicos la calle es el pasillo que va de la casa a la escuela; mientras para otros la calle es la casa, el mar donde se bañan sus cuerpecitos sedientos. ¡Qué inmensidad de riqueza para un espíritu en formación! Todo lo que llega a él conmueve fibras, los moldea, quiebra o doblega; las vive. Se pasa por la calle, por el jardín, por los juegos, por las casas, con una avidez tamaño de sensaciones; y este estado es propio de la infancia, nadie se atreverá a negarlo. Poner el oído en el pecho del niño y arrancarle la música de sus latidos, reuniéndolos para una sonata mágica que cantará la juventud, que realizará la edad madura, es tarea de valor importantísimo.

Las horas de instrucción nunca deben ser tantas y tales de copiosas o de torturadoras, de limitadoras, que se quede el maestro sin espacio para interrogar hábilmente a sus alumnos. De graciosa manera pondrá en sus manos el papel, el lápiz, con el ruego suave: «píntame lo que más te guste, lo que vieras esta mañana al venir a la escuela, lo que te dé miedo, lo que te entusiasme...» O, y también: «Escribid cosas de las que veis por el mundo; contadme vuestras pensamientos, lo que queréis hacer, lo que queréis ser», etc. ¡Cuánta amplitud de temas! Ha habido una edad en la cual el maestro hablaba mucho con los chicos: era cuando ellos aun no podían reunir sus ideas y verterlas por una pluma, medio tan abstracto para sus almas todavía. Y aquel diálogo constante, aquel ensayo de conversación, casi sin dificultades, lo volverá a sostener el niño ya en el papel, ya con formas gráficas. Y entonces se sucederán los acontecimientos intelectuales; el muchacho irá encontrando palabras que vistan sus pensamientos, y a la inversa. Sin esfuerzos agotadores, sabrá decir lo que quiera decir, cada día con mejores formas. El mundo exterior irá tomando la medida de expresión que él adquiere por su ejercicio diario con las palabras, con la plastificación de las ideas. Cuando dijera juventud, no estará limitado por el único esfuerzo valeroso de sus brazos; sabrá disponer de su inteligencia y someterla al imperio de sus necesidades, yendo con ella a la par que con su cuerpo trabajador. El libro, la cuartilla, son sucesos completamente absurdos en las manos de los obreros de ahora, que, a lo sumo, solamente disponen de una cultura de periódico; mala, porque los periódicos han sido siempre una bazofia repugnante, a la que habrá que transformar, en cuanto podamos hacerlo, a rajatabla. El hombre y la mujer de tipo vulgar no saben callar por amor al silencio ni a la reflexión; si callan, es por enfermedad o por rencor, o por constitución de reservados. Y es indispensable dotar a las personas de muchas facultades y, entre ellas, la del pensamiento callado, hondo, reflexivo, para hallar la propia luz y darla; porque, ¡eso sí! El que venga con una luz, que no piense que vamos a dejársela dentro.

Y ésta es la misión más poética, más noble, más científica de la Pedagogía: hallar la luz en cada alma.

FLORENTINA



No mires al cielo de aviones.
Tus ojos, en las casitas de
las hormigas, en los re-
fugios de la tierra.

El mar sueña
niños azules.

Margen
de paz alegre
para los juegos in-
fantiles de los niños.
Barquitos y lanchas corrían, corrían más
allá del mar.

Había
llovido y sal-
taban a la
comba con el
arco iris.

En el lago hay más es-
trellas que en la noche.
Está también la tuya.

Niños — aire y sol — sin ataduras pedagógicas. Con
la serenidad que da el árbol, el agua. Lejos
de todo lo adocenado, de la clasificación
encasillada, que limita alcances y
quita alegría. Fuera de nuestra
angustia y de nuestro ren-
cor. ● Niños sin ata-
duras pedagó-
gicas: ¡Li-
bres!





TREGUA...

Nuevas matemáticas: Yo era Maestra antes del 18 de julio... «Oficialmente» lo soy todavía. Si quiero convencerme, cojo un folleto que dice: *Escalajón del Magisterio Nacional*, y, allí, junto a un número X, veo mi nombre... Pero el Magisterio activo actual no me cuenta en sus filas.

Estallado el movimiento criminal, cuando los hombres corrían en tropel tan desordenado como entusiasta y seguían itinerarios que luego resultaron hitos de gloria — Cuartel de la Montaña, Cuatro Vientos, Alcalá, Guadalajara, Toledo... —; cuando las mujeres, unas, no quisieron seguir suerte distinta del compañero, y otras, acudían a los lugares de trabajo en oferta de sus aptitudes, ya que el momento así nos exigía a todos actuar, yo, como tantas otras compañeras, tuve que olvidar mis afanes de proletaria que también hubiera gustado de paladear las amarguras y alegrías directas de aquellas jornadas de lucha, para acudir a recoger y encauzar la vida de aquellos chiquitines que, de momento unos, para siempre otros, quedaban sin el amparo del brazo fuerte del padre.

Los días pasaron...

La guerra y la Revolución seguían su marcha...

Y un día, al fin, después de luchar con miles de sentimientos encontrados, tomé la resolución de apartarme de la Escuela. Me llevaban a ello serias meditaciones. Y era el motivo resultante de un continuado vivir junto al niño.

Sabía yo, por ser esa mi práctica, cómo los parvulines aprendían habitualmente a contar en la clase: Los «cubitos» de colores variados, las bolitas, los trocitos de papel... Todos los llamados «dones de Froebel». El chiquitín, guiado por nuestra mano, contaba: *uno, dos, tres...* y luego escribía: 1, 2, 3... En verdad que el método resultaba y se reputó por eso de eficaz y casi infalible. Mas he aquí que viene la guerra. Y con ella también las *nuevas Matemáticas*. Y es un día en que el niño salió a la calle y, tras buscar en el espacio con sus ojitos escrutadores, ha empezado a contar: *uno, dos, tres, cuatro... aviones*. Eran más, muchos más... Nuestro pequeñín perdió la cuenta, pero... ¡ya había contado bastante!

Después, cuando ya los pajarracos del crimen habían pasado, saliendo otra vez a la calle, nuestro niño reanudó la cuenta; pero variando el motivo; *una, dos, tres, cuatro... casas rotas, tristes, murientes*. ¡Otra vez perdida la cuenta!; pero, por ese día, el chiquillo había dado demasiado larga, demasiado trágica, demasiado real, *una nueva lección de cálculo...*

Al día siguiente, en el primer trozo de papel que cayó en sus manos garrapateó rápido, concentrado, con ensimismamiento desconocido... Diríase que con fiebre. A las cuatro rayas y cuatro círculos que trazara él les daba nombre y significado: —«Eran milicianos. También papá era miliciano y llevaba un fusil. Iba a matar a los malos. A aquellos que no querían dar trabajo al padre y que hacían llorar a mamá cuando el niño pedía pan, y zapatos, y juguetes, como el niño del principal».

...Y la Maestra, la que vivió siempre cerca del niño pobre —el niño rico no tenía Maestra; sino Colegio de las «Damas Negras» o del «Sacré Coeur» — pensó que su pequeñín sabía demasiado para seguir con las mismas prácticas y métodos.

He aquí por qué la Maestra de la España popular creyó que era necesaria una tregua, en la cual, saliendo a la calle, bebiendo a grandes sorbos esencias de nuevas concepciones entregada a vigilar el menor murmullo del vibrar revolucionario, fuera formándose en nuevas metodologías sabias, porque nada lo es tanto como la experiencia del dolor, mientras el chiquitín corretea por campos y jardines llevando en su rostro amalgama de expresiones sentimentales: miedo, risa, amenazas, súplicas; y presidido todo por el imborrable encanto de su infinidad normal.

Envío: Niño español: Cuando todo haya pasado, pequeño mío, si tú y yo sobrevivimos, seremos aún felices en la *nueva escuela* que yo he pensado, a la que me llevó tu amor a ti; y en cuyo jardín cuidaremos con esmero, para que ya nunca más se pierda, una preciosa planta... Se llama *LIBERTAD*; y tú, has de prometerme que siempre, siempre, procurarás que no falte en nuestro jardín... Y cuando seas hombre, si has conseguido que no se seque, no tendrás como tu papá que ir a la guerra, ni tu hermanita llorará tampoco, como lloraba tu mamá.

ISABEL VILLAMOR

“La sensibilización debilita a los seres.” ¿Quién lo ha dicho ante mí? Tengo la sensación de que una persona entristecida me lo afirmó para rescatar del dolor a los otros que pueden sentirlo, si son sensibles. Mas, ¿hay algo mejor que saber sufrir por la belleza, por la bondad? Mi credo fundamental es la fe en la Humanidad, entendiéndola: no en la Humanidad que me encontré al venir al Mundo, sino en la que podría surgir de entre nosotros si nosotros nos dedicáramos a ella dignamente. De una Humanidad esclava de la belleza consciente, saldría una Humanidad buena; y acabarían las indecorosas pesadillas de que somos víctimas desde el principio: ésta de las guerras. Porque el hombre no se come a los hombres que mata; ¿para qué mata?... Si el sabio nos afirma que mata por superarse, por deshacerse de los lastres que ya la Naturaleza, tan domesticada, no le quita de en medio, ¿cómo es que ese imperativo subconsciente no nos calma la angustia de ver matar? Y si se hace la guerra por aberración, por obscuras determinantes del instinto peor, sin duda que la educación futura nos libraré del peso dramático de la muerte violenta dada por nuestras propias manos. Todo lo creado lo fué con armonía; del conjunto de hechos de la Naturaleza, salió la maravilla de la flor y la del cuerpo perfecto; el odio desarmoniza; y el estúpido amor bobalicón también. La nota exacta es la de la consciente alegría de amor. Y que nuestras manos sepan de todos los tibios resplandores de los cuerpos semejantes y de aquellos distintos que guardan también su acorde con el nuestro.

Cuanto por más sentidos entren las cosas a nosotros, mejor las recordaremos, he leído en algún tratado de Pedagogía. Y andando el tiempo, en un “film” norteamericano me sorprendió un dato curioso: la protagonista ha sido muy feliz en una habitación de oscuro mesón; y antes de despedirse de ella, repasa con sus manos todos los objetos que mira con afán; al ser preguntada por su amante por qué hace esto, responde que para eternizar en su conciencia la memoria de su felicidad. Así, educar será tanto más perfecto si sumamos conocimientos intuitivos. La rosa que coloquemos ante los ojos ávidos del niño, será más rosa si él la toca hoja por hoja, la huele y se la acerca al oído para saber el ruidillo de sus pétalos cuando un cuerpo los roza.

Me atrevería a afirmar que quien conoce las rosas no es capaz de destrozarlas; hasta cuando están marchitas y melancólicas en sus tallos, quien las ama las deshoja con cuidado exquisito para depositarlas en una bandeja y que sigan perfumando nuestra habitación sus hojas. El niño que conozca exactamente la maravilla de su tacto, que es el del otro niño, y de todos sus sentidos, teniendo presente que el otro los posee idénticos, y que con ambas fortunas se pueden construir sonatas sobrenaturales para feliz gozo de los espíritus, ¿cómo va a querer destruir, en nombre de qué ideas absurdas o admirables, la música de los seres que con él pueblan el Universo? No le temo al odio si los hombres aprenden a amarse; el odio es casi exclusivo patrimonio de la ignorancia que así se venga de cuanto le negó la vida.





En un solar abandonado de las afueras de Barcelona, los chicos del barrio, haciendo valer su derecho de posesión, se pusieron a cultivar la poca tierra que allí había y de ella sacaron abundantes hortalizas. Hace pocos días alarmaron a los vecinos con su dura e inexplicable tarea de llenar y trasladar sin descanso sacos de tierra.

— ¿Qué hacen los chicos? — se preguntaban todos. La noche del último bombardeo, «els menuts» la pasaron durmiendo tranquilamente en su buen refugio.

— ¡Está calculado contra bombas de 500 kilos! — nos asegura uno de ellos.

¿Será verdad?...

¡Caramba con los chicos!

Se consideraba en remotas civilizaciones que se nos conservan perfectas, que la música era indispensable en la educación. Yo no le doy a ningún sentido más valor que al otro; todos son indispensables; y de su armonía, del sentido que crea su armonía divina, sale la capacidad de belleza y el producto de bondad por quien suspiramos todos.

Las escuelas que haremos, apenas tendrán muros que limiten la visión del paisaje; y, además, estarán alzadas dentro del paisaje; ¡horror de las escuelas dentro de las calles! Ya en la Edad Media hubo un hombre que advirtió: "Las escuelas, ni dentro de las ciudades recibiendo sus influencias malsanas, ni tan lejos que no puedan recibir su apoyo cuando sea necesario éste."

Pero, ¡abiertas a todos los cielos, vientos y constelaciones, sí! Muros perforados por ventanas que den distintas y a cual mejor proyección del exterior: la gran ventana horizontal, que nos llena de alegría plana; la preciosa ventana redonda, que hace que el paisaje sea una gota de infinito; la ventana vertical, estrecha y alta, que aleja de tan graciosa manera lo que sabemos próximo; y la galería de cristales extensa que nos hace creernos suspendidos en la altura de nuestra visión más gentil... Irán los niños acompañados por el paisaje, y así se acostumbrarán a no prescindir de la Naturaleza para vivir; que los hombres encerrados no respiran ni sienten como los hombres hechos al aire libre y puro.

Sin monotonía, porque ella arruinaría nuestros propósitos, el niño oirá músicas cuya categoría intelectual irá creciendo en proporción al resto de la cultura; de lejos casi, acompañado por ellas como por el viento... Y las flores le educarán su olfato, las líneas puras, animales y artificiales que le rodeen, acostumbrarán su tacto a la redonda armonía melodiosa. Las frutas le proporcionarán el sabor más parecido al olor de las flores, ¡y qué mágica armonía la de su ser cuando cuente con el asentimiento de la tierra a su conocimiento!

Solamente cuando el niño sepa todo su cuerpo, cuando ni el agua, ni el fuego, ni la luz, ni el viento tengan secretos para él, podremos enseñarle las abstracciones científicas; porque todas éstas se lograron después del perfecto conocimiento de la Naturaleza, y es luego de conocerla como podemos tener éxito con la disciplina de su definición.

Yo sé, porque lo intuyo, que el equilibrio y la bondad están guardados dentro de la Belleza.

FLORENTINA



¿No sabéis? El cochecito que trae el pan para los pequeños del Hogar, tiene 10 caballos escondidos. Los chiquillos hacen guiños al chofer cuando los emborracha con gasolina y los diez empiezan a saltar por los pedrascos de la calle del pueblo.

Hoy no vais a la escuela. Debajo de los pinos están las horquillas en hileras tenaces. Y los mil insectos de colores que crecen en el campo. Debajo de los pinos, vamos a ver, chiquillos, quién come mayor pedazo de tortilla fría y gana el campeonato de risas.

Tú, pequeño, no te preocupes de qué manera has de saludar. Tus manos son para la caricia del caballito de cartón, para el tembloroso trazado de las primeras letras.

— Yo cuidó ese trozo de jardín — me dijo un pequeño. Oh, sorpresa. Las rosas eran de todos los colores, como corazones a los que no hubiese llegado el odio...



Los ingleses se hicieron cargo de una expedición de niños vascos. Iban separados en dos sectores poco amigos: niños revolucionarios y niños católicos. Pero un día, ante el enemigo común — el preceptor inglés —, los dos sectores decidieron unirse en frente único, y haciendo acopio de naranjas y otros proyectiles, la emprendieron contra sus protectores. El hecho ha sorprendido, con un poco de escándalo, a los ingleses; pero la solidaridad de los niños vascos no deja de ser simpática.



GOYA es indestructible

La incultura de la España negra tiene un enemigo invencible: Goya. Sus cuadros están llenos de sentido revolucionario — popular —, bien claro en sus escenas populares, pero más hondo todavía en sus retratos palaciegos: la cara de Carlos IV, la actitud de María Luisa, la nulidad hereditaria de los infantes explican las monstruosidades y las miserias de su tiempo recogidas en sus otros cuadros. Los facciosos conocían bien desde hace tiempo la transcendencia revolucionaria de la pintura de Goya. Por eso, al hablar de sus cuadros, los enjuiciaban simplemente por el color — ¡qué grises! ¡qué rojos! ¡qué azules! —, y a los caprichos — “sueños de razón” — les llamaban bocetos; es decir, cuadros sólo iniciados, a falta de color y de expresión definitiva.

Y ahora han querido acabar con su obra bombardeando el Museo del Prado, y hasta con su raíz nativa destrozando la casita familiar de Fuendetodos.

Pero no han conseguido nada, porque Goya es indestructible; vive en el alma de nuestra lucha,



En el “Instituto Mujeres Libres”

Las compañeras del curso de puericultura no pueden escuchar más atentas. Rompemos el silencio dirigiéndonos a la profesora, Doctora Bastard Martí, magnífica de inteligencia y bondad.

— ¿Qué hacen estas chicas?

— Hacen lo que no hace nadie en el mundo, o, por lo menos, yo no he visto en parte alguna. La mayoría de ellas trabajan por la mañana en fábricas y talleres, y por la tarde, de cuatro a siete, asisten a dos de las clases elementales, para de siete a nueve dar lección conmigo. ¡Y con la voluntad y el interés joven! Las hay que al principio escribían letra por letra en el encerado, y ahora soy yo la que casi no las puedo seguir,

— ¿Qué hacían tan agrupadas?

— Estaban poniendo una inyección a una compañera que las necesita; esto les sirve de lección, siempre más práctica que en el muñeco de crin.

— Di que nos receta, nos cura, nos enseña y además pone las medicinas.



— ¿Cómo lo tomáis tan en serio? ¿No os da miedo volveros sabias?

— ¡Ca! Si hubieras venido ayer, te hubieras reído un rato. Al tratar de los partos prematuros, esta compañera se quedó muy sorprendida, y preguntó: — Pues entonces, ¿por qué se enfada uno tanto cuando le llaman sietemesino?

— Lo que verdaderamente nos cuesta es el sistema nervioso. Y hay cada palabra que se las trae... Externo-cleido-mastoideo; la tal palabrita nos debe a todas las del curso una noche de desvelos.

— Bueno, con que no lo pasáis del todo mal.

— Ni mucho menos — dice la profesora —. Las clases les resultan tan amenas, que las del primer cursillo asisten también al segundo, y las del segundo vienen a repasar al primero.

No cabe duda de que en el pueblo hay auténticos valores.

Poemas de:

“El mundo empieza fuera del mundo”

Mi destino como un fruto: de sus hojas verdes, olientes, a su corteza amarga: y a su pulpa tierna, y a su semilla agria y confortante.

En lo remoto, un caliente paisaje; encima, muchos paisajes diversos. Y, mañana, el zumo de la simiente, la gran síntesis de raíz suprema. Para entre tanto, grande y gloriosa de sangre, construir y destruir los días.

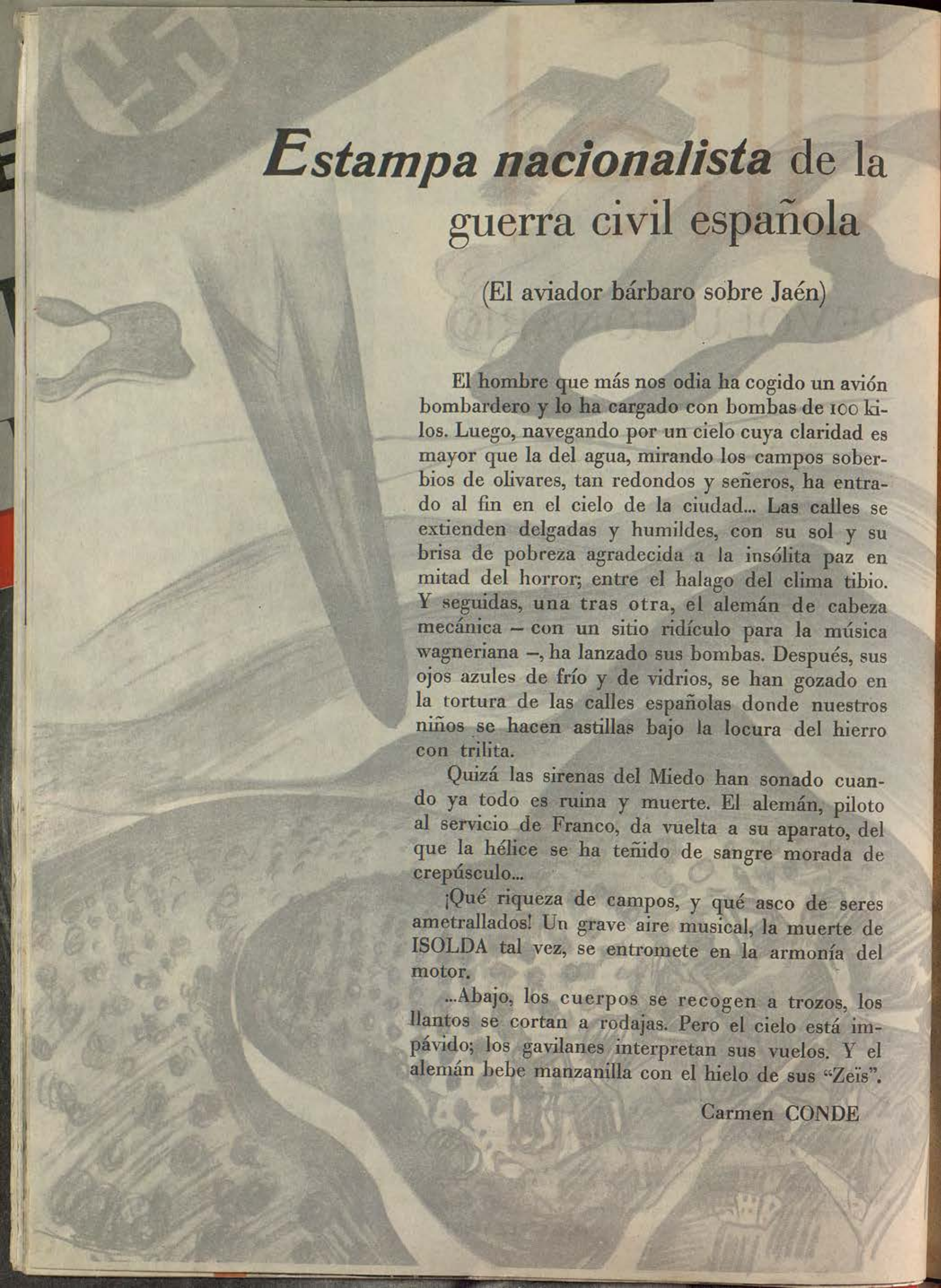
¡Vueltas de mi fruto, aspas de mi destino! Fracaso de cada vez en la vez de ilusión que se juega mi frente.

Siempre ir es el futuro redondo de perfección, la fruta con piel de olor. Siempre ir es la inmerecida garantía de felicidad cósmica.

Ir por galerías doradas, por patios amontonados de hojas secas, con sol; por escaleras cortadas a decoraciones estrepitosamente alegres, por silencios corazonados a vientos ardientes de impaciencia.

¡Ir es el vuelo de diez alas con que mis manos cortan el cielo que espera!

Por esperar, perder la esperanza. Qué alegre la realidad cuando ya al corazón sólo vuelva a importarle el ensueño.



Estampa nacionalista de la guerra civil española

(El aviador bárbaro sobre Jaén)

El hombre que más nos odia ha cogido un avión bombardero y lo ha cargado con bombas de 100 kilos. Luego, navegando por un cielo cuya claridad es mayor que la del agua, mirando los campos soberbios de olivares, tan redondos y señeros, ha entrado al fin en el cielo de la ciudad... Las calles se extienden delgadas y humildes, con su sol y su brisa de pobreza agradecida a la insólita paz en mitad del horror; entre el halago del clima tibio. Y seguidas, una tras otra, el alemán de cabeza mecánica – con un sitio ridículo para la música wagneriana –, ha lanzado sus bombas. Después, sus ojos azules de frío y de vidrios, se han gozado en la tortura de las calles españolas donde nuestros niños se hacen astillas bajo la locura del hierro con trilita.

Quizá las sirenas del Miedo han sonado cuando ya todo es ruina y muerte. El alemán, piloto al servicio de Franco, da vuelta a su aparato, del que la hélice se ha teñido de sangre morada de crepúsculo...

¡Qué riqueza de campos, y qué asco de seres ametrallados! Un grave aire musical, la muerte de ISOLDA tal vez, se entromete en la armonía del motor.

...Abajo, los cuerpos se recogen a trozos, los llantos se cortan a rodajas. Pero el cielo está impávido; los gavilanes interpretan sus vuelos. Y el alemán bebe manzanilla con el hielo de sus "Zeis".

Carmen CONDE

2 BANDERAS

(De nuestra corresponsal en Guadalajara)

Emocionante y brillantísima resultó la entrega de las dos banderas donadas por "MUJERES LIBRES" de Madrid a la División y a la 7.ª Brigada, que, con tal motivo, desfilaron marcialmente ante el general Miaja y ante el comandante Mera,

con la presencia de ininidad de personas civiles y militares, entre las que recordamos a los compañeros Val, Salgado, Martín, Gregorio Gallego, de Guzmán, Antón, García Pradas, Verardini, Valle, Guevara, Gutiérrez y otros muchos.

Actuaron de madrinas de las banderas las compañeras Marina González, por "MUJERES LIBRES" de Madrid, y Suceso Portales, por "MUJERES LIBRES" de Guadalajara.

Por la "Agrupación MUJERES LIBRES" de Madrid, la compañera María Teresa Hernández leyó unas cuartillas de ofrecimiento, de las que recogemos los siguientes párrafos:

¡ División! ¡ Brigada Mixta! Nombres que son todo un emblema. ¡ Casa de Campo! ¡ Pingarrón! ¡ Brihuega! ¡ Brunete! Una historia revolucionaria.

"Militares aguerridos, improvisados, pero con la fuerza que da el ideal. ¡ Magnífico Mera, cuánto te debe el pueblo español! ¡ Ejército del Centro, insigne general Miaja, los soldados de las más grandes victorias están satisfechos de sus jefes!... El Ejército del Pueblo tiene en su seno a todos los idealistas, que, con la bravura que da la razón, reconstruirán España y el Mundo, si preciso fuere.

"Imperecedero el recuerdo de vuestras hazañas, os entregamos estas banderas, en la seguridad de que serán las de la victoria.

"¡ Viva el Ejército Popular! ¡ Viva la División! ¡ Viva la Brigada Mixta!"

Ante una gran expectación, Mera, con la voz velada por la emoción, leyó un bello discurso del que transcribimos uno de sus más hermosos párrafos:

"...Pero hoy que nuestra España es verdaderamente nuestra, el hecho de ser español, lejos de ser una marca infamante, es un timbre de honor y orgullo, es una blasonada, es una erguida cimera."

Acto seguido, Antón pronunció unas brillantes palabras elogiando a nuestra gloriosa División.



Por último, el general Miaja pronunció un emocionante discurso, del que entresacamos las siguientes palabras:

"Ya tenéis dos banderas, que os han regalado las compañeras y que vosotros tenéis que aceptar como enseña de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad. Yo, que tengo fe en vosotros, sé que el fascismo no podrá triunfar, porque bastará con que queden cuatro soldados y un cabo, para que los invasores no consigan sus objetivos..."

"Ahora, al veros recibir orgullosos la bandera de la patria, vosotros, que no aceptabais esta concepción, tal vez con razón, como muy bien ha demostrado vuestro querido jefe Mera, ahora estáis obligados a defenderla con vuestra sangre, como lo hicisteis ya en repetidas ocasiones y en cuantos frentes actuasteis."

Después del desfile, las compañeras de "MUJERES LIBRES" repartieron tabaco a todos los compañeros de la 7.ª Brigada.

PUBLICACIONES «MUJERES LIBRES»

FOLLETOS PUBLICADOS

"Niño", por Amparo Poch y Gascón
50 cts.

Ausente de toda aridez profesional y con la gracia —finura y sencillez— que es su mismo estilo, Amparo Poch llega a lo más íntimo de la sensibilidad femenina; la enriquece, más aún: la crea.

Dice a las madres en potencia, a las de hecho y a las en negación el amor al hijo que se espera, al que se tiene y al que nunca ha de llegar. «Antes, ama a tu niño...» «Amale en el pensamiento...» «Amale en la dulzura y en la caricia para los demás niños...»

Con intuición sutilísima, marca a la mujer lo más alto y limpio de su destino de maternidad, sin alardes científicos, de la manera poética y humana, tan única, tan suya.

"Horas de Revolución", por Lucía Sánchez Saornil
50 cts.

Pluma segura, dicen de Lucía Sánchez Saornil. Y así es, aunque esta definición no alcance íntegramente su valor de escritora. En Lucía, además de una inteligente espontaneidad, hay una fibra temperamental única.

Horas de Revolución no aúna los consabidos tópicos femeninos de siempre; crea un tipo de folleto que ha de interesar a las mujeres, aun a las más alejadas, en nuestras luchas actuales.

Sin alarde literario, con un hondo espíritu revolucionario, Lucía Sánchez Saornil nos da los diversos sentimientos y la enorme

"La composición literaria infantil", por Carmen Conde
1 pta.

emoción por los que han pasado un pueblo heroico y ella.

Horas de Revolución es la expresión viva de los primeros meses de nuestra lucha.

Carmen Conde ha hecho de la Pedagogía un excelso arte humano. En potencia con su inspiración, ha creado para el niño un complemento —sentimiento inteligente— en que, más tarde, se afirmará su integridad de hombre.

En La composición literaria infantil, Carmen aúna —como base de enseñanza— la expresión íntima y la externa con la imaginación maravillosa y la perfecta exactitud.

Y en la manera, toda la intuición poética: su personalidad

"Mujeres de las Revoluciones", por Etta Federn
1 pta.

Etta es, ante todo, y como ella misma afirma, «una escritora quemada». Este es su orgullo y también el nuestro: que Hitler mandara quemar en la plaza pública todas las obras de Etta Federn, algunas de gran valor. El fascismo y ella son incompatibles. En cambio, labora junto a nosotros con todo su dinámico entusiasmo.

En sus Mujeres de las Revoluciones, con su estilo preciso y gracioso, Etta nos resume su conocimiento —en algunos casos conocimiento personal— de varias vidas señeras de mujeres.

POEMAS

A LOS NIÑOS QUE MUEREN EN LA GUERRA

1

¡DETENEOS, cañones!
¡Paraos, aviones, en mitad del
cielo frío!
¡Callaos, ametralladoras!
¿No oís todos, máquinas y hombres, el llanto inmenso de los niños
huérfanos sobre España?

2

¡SI las madres alzaran a sus hijos
como teas de alegría! ¡Si las que llevan
hijos dentro señalaran sus vientres
donde se mueven sangres recién cua-
jadas! ¡Si las mujeres oyeran el cla-
mor de sus entrañas, se acabarían las
guerras!

¡Porque todos los hombres que caen
muertos, y las mujeres acribilladas por
las balas, han dado su hijo, que llora y
sangra en mitad de la patria, sin otra
razón para sufrir que el odio de los pa-
dres de los otros niños que duelen la
muerte de la guerra!

4

MUJERES que vais de luto
porque el odio os trajo la
muerte a vuestro regazo, ¡ne-
gao a concebir hijos mien-
tras los hombres no borren
la guerra del Mundo!

¡Negao a parir al hombre
que mañana matará al hom-
bre hijo de tu hermana, a la
mujer que parirá a otro hom-
bre para que mate a tu her-
mano!

3

MI hijo vive conmigo, va
dentro de mi sangre, pero no
os lo daré nunca si antes de
que mi cuerpo esté seco no
alejáis eternamente a la gue-
rra de vuestro suelo,

¡Yo no me abriré en fruto
para que vuestro fruto le dé
la muerte al mío!

5

LA Tierra está nutriéndose de cuerpecillos dé-
biles de forma, pero crecientes de luz, y podero-
sos, para henchirla mejor que el sol, que tan honda
no la calara nunca!

¡Niños, niños da la guerra al polvo seco y áspero,
mordido de lirios y de mariposas! ¡Niños tier-
nos del estremecimiento de sus padres, bajo la
metralla, trizados como mazorcas que desgra-
nara mano de hierro!

La tierra sembrada de generaciones en agraz,
¡Qué espléndida cosecha dará al futuro, por las en-
trañas generosas de los que taló la guerra!

6

¿VISTEIS a las palomas detenerse y quedar extáti-
cas entre sus alas, a mitad del vuelo azul?

¿Y escuchasteis cómo los ríos se alzaron sobre sus
orillas, soplando raíces de árboles negros?

¿No sentisteis el olor del trigo como olor de
senos calientes, en medio del oro de la tarde caída?

¡Todo estaba lloroso como herido!

¡Era que morían mil niños entre las bombas de
los aviones enemigos, bajo los obuses de los caño-
nes del odio!

7

EL agua, lo va gritando el agua a través de los campos: ¿quién ha
visto al niño muerto, con sus ojos azules marinos llenos de
gaviotas, y sus hombros hechos amapolas rezumantes, y su vientre
rajado como un fruto sin vello de oro?

Y lo gritan también los chopos, erguidos sobre sus troncos
relucientes. Lo gritan los pájaros, asustados de cuervos y de
águilas.

¡Porque el niño que mató la guerra ha dado su voz verde a los
que lo lloran a gritos.

C. C.



POEMA DEL AIRE DE LA GUERRA

El aire está quebrado, camaradas, en larguísimos tajos de gritos; infinitos muslos, muchedumbre de piernas y brazos, ejércitos de manos y de pies estallados, pueblan el aire. Las bocas negras de los cañones enemigos, perforan la tierra donde nuestros hermanos alzan su heroísmo preparando cosechas dramáticas de ojos, corazones y sexos jóvenes, que luego comeremos en frutas.

¡Ay, aire caliente de los olivares! ¡Ay, tierra regada de sangres nuevas, qué extraordinaria cosecha jugosa nos devolverás después! La muerte te sirvió cuerpos en vigor, y habrás de ser más generosa que cuando te los incorporaba la miseria, secos y exhaustos.

Por el aire van los estampidos de los obuses, y la risa trágica de las ametralladoras. Por el aire ruedan los cañones su furia de explosiones. Por el aire retumba la voz de Madre, y la del Hijo, y canta la alegría de la fe en la victoria.

¡Aire de los olivos calientes, qué ancho bosque de llantos te atraviesa como un fuego!

El aire de las ciudades heridas se duele por entre las calles que bombardean Alemania y Roma; como un adolescente ciego, el aire se tropieza con las piedras de negro humo y con los muros derribados. Hay mujeres despanzurradas en mitad del aire, y chiquillos con las fresas de sus corazones al aire. Y hombres, en lo hondo de los valles y en las cimas de las sierras, con el fusil empuñado; vacíos los ojos de ira y duelo, rasgada la última lumbre de la sonrisa. ¡Aire de los montes alzados contra el fascismo y contra sus vestales; aire de las noches alumbradas de carbones encendidos; aire de los ríos menudos, de los hondos ríos luminosos de indiferencia!

Todos se llaman en tu pecho, aire: ¡Madre!, ¡Hijo!, ¡Padre!, ¡Me bato por la Libertad!, ¡Lucho por la Independencia!

Rajado, sangrante, sin equilibrio en sus piernas de coloso, el aire se aprende nombres ingenuos, nombres de caricias y de promesas ardorosas. ¡Pobre dolor del aire, tan apenado, corriendo por los pueblos que ardieron los extranjeros asalariados, gritando sus brisas inútiles en las casas volcadas, en los jardines en cenizas!

Nuestros hermanos los combatientes, camaradas, saben cuánto amor les trae el aire.

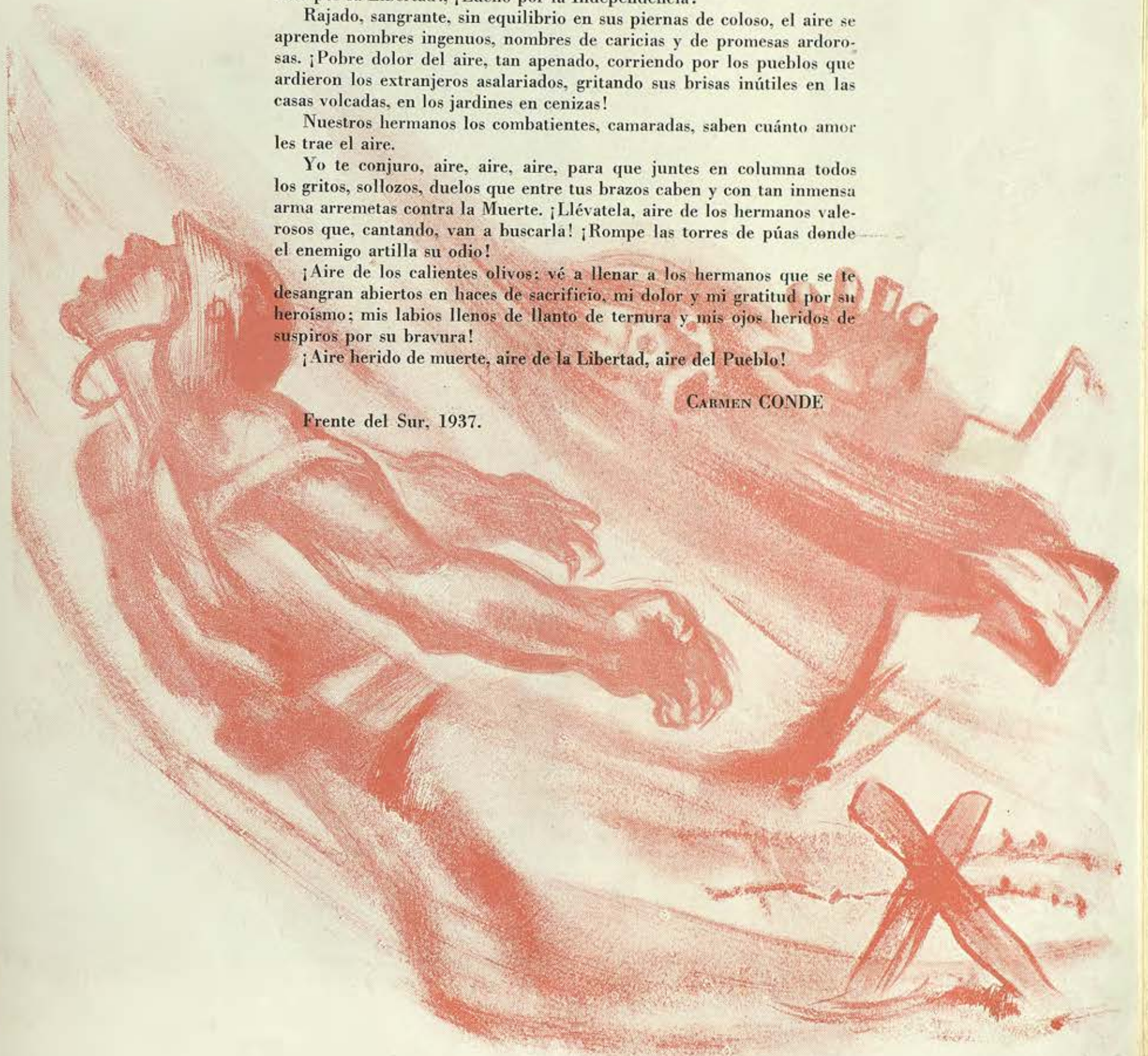
Yo te conjuro, aire, aire, aire, para que juntes en columna todos los gritos, sollozos, duelos que entre tus brazos caben y con tan inmensa arma arremetas contra la Muerte. ¡Llévatela, aire de los hermanos valerosos que, cantando, van a buscarla! ¡Rompe las torres de púas donde el enemigo artilla su odio!

¡Aire de los calientes olivos: vé a llenar a los hermanos que se te desangran abiertos en haces de sacrificio, mi dolor y mi gratitud por su heroísmo; mis labios llenos de llanto de ternura y mis ojos heridos de suspiros por su bravura!

¡Aire herido de muerte, aire de la Libertad, aire del Pueblo!

CARMEN CONDE

Frente del Sur, 1937.



LO QUE DEBE DECIR EL QUE TIENE

FE

Y se trata de la temible Palabra. La Palabra que recorre, para definirse, estados plurales de las conciencias críticas que se ofrecen a interpretárnosla. ¿Hablar, no hablar? "Para convencer, seducir." Claro que esto lo ha dicho, en un bello momento de elegancia, un filósofo-lírico; más literato, es decir, más artista que filósofo, que hombre científico. La Palabra seduce, convence, vence... Y el que tiene fe, una fe, debe usar la Palabra con el cuidado y la precisión del que maneja un arma mágica. Con las palabras, precisamente, la Magia alcanzó enormes ventajas en los siglos que yacen; y después se incorporó a la vida normal cargada de secreto atractivo capaz de revolver el mundo. Luego, la ciencia la usó porque la sabía ungida de la magnética condición de la Magia. Y la tenemos en nuestros días, deformada, desquiciada, porque se ha ceñido, como túnica dócil, a los ímpetus reptantes de todos los que trepan y trepan en busca de una cima social. Devolver a la Palabra su vieja categoría simbólica, su aristocracia de verdadero cauce del alma, de la inteligencia, es un deber urgente para los que jamás mienten. Porque repugna al ser de fe oír que las palabras suenan a farsa, son farsa pueril o sucia, casi siempre, por miedo ridículo, por miedo feo y contagioso de llamar a cada cosa con la palabra propia, con la palabra que, desde el silencio, vino a nuestros labios para nombrar y para llamar los qués sucesivos con que nos dotó la vida que asciende.

Y si experimentamos el dolor de oír mentiras, insultos a la Palabra, pues que ella se hizo para intérprete exacto y puro y nunca para antifaz picaresco, ¿cómo no resistir a los conjuros malignos que nos facilitan amagos de palabras, y arrostrar la Verdad limpia, definitiva, resplandeciente?... El que tiene fe, debe decir por qué la tiene; y en qué consiste; y en quién; y a dónde va con ella, y de dónde se va por ella. Nadie pensará que para trasladar la fe del alma convencida al mundo del lenguaje, se pueda escoger otra palabra que no sea la justa, la estricta: la verdadera.

Así, pues, el que tiene fe lo que debe decirnos es su verdad. Una verdad individual puede experimentar presiones inexactas que el mismo ser ejerza sobre su condición; las

presiones obedecen a tantas razones, y a tales sinrazones que, sin embargo de ellas o por ellas también, la verdad no debe evadir su delicado hombro de la carga austera de la palabra pura reveladora. Aquellos que mantienen su oreja para oír, eternamente, la voz del mundo, esperan que los labios ásperos de los heroicos digan lo que deben decir. ¿Quién teme a la Palabra? Únicamente el mismo que teme a esa cosa tonta pero definidora de la capacidad espiritual de quien la sufre, que es el ridículo. Verdad, a veces, afronta ridículo. ¿En nombre de qué puede el ser hurtarse a la verdad? ¿Quién es capaz de decir que hasta el heroísmo no es ridículo si se le considera desde el plano augusto en que los creyentes situaban al mismo dios que luego pervertían con dádivas? Templar un alma para desafiar a la Mentira, diciendo la Palabra de la Verdad, a la vez que temprarla contra el ridículo. Libertar a los seres no es sólo —¿quién se quedó en paz con semejante confianza?—, cuestión de cifras económicas y políticas; libertar a un ser es, además, o fundamentalmente esto: dejarle en paz con los monstruos explícitos e implícitos de que la humanidad nos rodea con abundancia. Yo, y mi verdad; yo, y mi fe; yo, y mi voluntad; yo, y mi camino; yo, y mi corazón; yo, y yo por vosotros, pero sin dejar nunca de ser yo a fin de que vosotros seáis siempre vosotros. Porque yo no existo sin que existáis, pero es indispensable que exista yo para que existáis.

Nadie que esté bien configurado por dentro, puede temerle a la Palabra. Pero todos debemos velar por ella, para que vaya perdiendo sus vicios, sus usos ponzoñosos de farsa, y adquiera, recupere aquella pureza arcangélica del Principio. Cada verdad, su palabra. Cada palabra, una verdad. Y el ser con fe, el atravesado por la espada flamígera del arder perenne hacia una Luz de Lumbre, es el depositario de los siglos de confianza; él es quien debe decir, cantar, susurrar, atronar, gritar la verdad de su sentimiento fervoroso para que los remisos, y esos otros que caminan volviendo la cabeza a cada paso, y los que marchan con el cuerpo rígido indomable, oigan a la Tempestad que todo lo purifica, bañar de sonoridades trémulas y mágicas este aire que enrarecieron los fariseos y que nosotros respiramos con la angustia de los que ansian ozono en lugar de humo denso.

Sépanlo aquellos que guardan su fe, místicos silentes, sin que los demás la perciban: pecan contra la Libertad divina si se callan su voz denunciadora, voceadora de Verdades.

La Palabra debe ser devuelta a su eternidad limpia. Sola para la Armonía. Sola para la Belleza. Sola para la Justicia. Sola para la Verdad. Que todo ello es Libertad y es Amor.

FLORENTINA



El mejor mundo, el de los sentidos. Y por ellos hay que educar al niño. Bien sé que hay millares de personas obcecadas que se espantarán, si nos leen, de esta afirmación. La obcecación no anida solamente en los reaccionarios, ni son solamente reaccionarios los seres "de la derecha". Entre nosotros, revolucionarios, también hay una enorme cantidad de gente con el espíritu "menos al día", cargado, a su pesar, de ignorancia, de lastres insoportables. Da la casualidad de que a los altos centros oficiales van, generalmente, los más retrógrados, y los menos jóvenes. Y como la vida del pueblo en cuanto a lo oficial se rige por lo oficial, pues el lastre mental sigue pesándonos demasiado. Cuando en los sitios desde los cuales se pueden dictar normas de bien público, estén seres capacitados por todos los progresos necesarios para el progreso público, las cosas variarán; y las que más pronto lo harán serán las cosas de la escuela. Entre ellas, las escolares, ocupará bien pronto un lugar importantísimo la educación de los sentidos. Despreciarlos fué un craso error del catolicismo, quizá apoyado en alguna *sona* medida de hace muchísimos siglos que, al tradicionalarse, acabó con lo más puro y sano del individuo: el culto a la naturaleza empezando por él mismo, por el culto a su propio cuerpo.

"Nada hay en el alma que no haya estado antes en los sentidos", se ha dicho conscientemente alguna vez. Por lo tanto, escoger, cuanto haya de penetrar en el alma, enriqueciéndola de belleza y alegría, es un deber de la educación. Un ser, dotado de hermosos sentidos bien preparados, es un ser que dispone de un alma magnífi-

ca, de un alto poder intelectual y sensible. Con ese alto poder se puede hacer la mejor vida, más graciosa, más sana, más saludable. Una educación no debe ser una coraza para defendernos de nosotros mismos, que así se ha creído debiera ser hasta hace muy poco tiempo; ni siquiera únicamente un cauce donde conducir el río revuelto de nuestros instintos. Una educación debe servir, en primer lugar, para que el hombre sepa de qué puede disponer durante la vida, y comprender también, con la mayor perfección, a qué fin tendrá que aplicarlos para que den el máximo resultado beneficioso para sí y para los demás. *Los demás*, son, por desgracia, todos aquellos de donde nos viene la felicidad o la desdicha. He oído decir algún día que hay que bastarse a sí mismo para ser feliz; no lo he comprendido nunca; no lo he puesto en práctica jamás; y si es cierta la afirmación, bien os puedo asegurar que lo siento, pues por constitución soy inclinada a la alegría y a la felicidad que dan los seres, molestándome mucho tener que sufrir a solas. Los demás, por lo tanto, considerados como factor ineludible de nuestra existencia, tendrán que ser educados con nuestro ejemplo más entusiasta: el ser que sabe oír y goza con los sonidos; el que sabe oler, y se deleita con los perfumes; el que sabe tocar, y es dichoso con acariciar sabiamente; el que sabe gustar, y escoge sus alimentos para a la vez que se

nutre, poder alabar a la Naturaleza, que le permite satisfacciones tan simpáticas; el que sabe ver, y para él está la Creación entera luciendo galas mágicas, ¿cómo podrá ser nunca un estorbo, un mal del otro que sabe sentir lo mismo que él? Yo afirmo sin dudas, con plena fe, que en la capacitación de la Belleza, que en la Belleza reside la Bondad. La Bondad no es el sacrificio, ni el dolor; la Bondad es la alegría, la salud, la comprensión, la compenetración. Un ser está obligado a otros seres que, como él, tienen derecho a vivir bien; y cada uno trabajará para que así sea. La Vida, considerada como obra de arte, es una responsabilidad individual que atrae alegrías colectivas. Cada vida "tiene" que aspirar a ser perfecta; y no lo será mientras no contribuya a la perfección de las demás vidas. Armonía de los seres y de sus facultades, como armonía de los astros y de sus movimientos. El que grita, es sucio, borracho, etc., ofende a sus sentidos y a los ajenos. Un culto discreto de las ventanas por donde entra y sale la vida al espíritu, para enaltecerlo, nos obligará a tener más en cuenta a nuestros semejantes. Si en la escuela se inicia al muchacho en el contacto con la naturaleza a través de su cuerpo presto, habremos acercado a los hombres de manera más importante y beneficiosa que cuando se les pretendía acercar por medio de sus almas castigando a sus cuerpos a una ininteligencia homicida.

Es tristísimo comprobar que hay muchísimos seres que ya adultos, y hasta viejos, desconocen los resortes maravillosos de sus sentidos; la maldad se encuentra más en los ignorantes que en los sabios; pero hay sabios de matemáticas, de sociología, de artes frías, que ignoran la dimensión de su sensibilidad, porque jamás la contrastaron con la de los otros. Donde el

problema es más trágico es en las mujeres. ¡Qué dolor de humanidad femenina, desconocedora de los divinos secretos de sus sentidos! Mientras el ser no se conoce, y detalladamente conoce cada una de las partes que le componen, es imposible que sea feliz de verdad. Hasta la enfermedad y la muerte, que son implacables, serán menos horribles cuando nos asalten después

de habernos vivido nosotros sabiamente. Lo imperdonable de los hombres es dejarse morir sin haber gustado todos sus caudales.

Una educación anti-instintiva es como una habitación construida con cemento, inasequible a la luz y al paisaje, en mitad de un valle hermoso y feliz de mirar. Yo sé que conociendo todos nuestros sentidos, teniéndoles apertados y afinados, podemos muy bien disponer de una educación que utilice sus tesoros, sin menoscabo de ninguna de las consideraciones que nos merecen nuestros hermanos. Como somos estúpidos e inhumanos, es dejándonos destruir por la muerte, sin haber gozado del universo con la alegría sana para que fué y fuimos creados.

Escuelas al aire libre, música, perfumes, ¡a todo lo bello tiene derecho la humanidad, y aún más la infancia! ¿Qué esperamos para dárselo? Una humanidad donde no aniden las tontas restricciones nos aguarda confiada; ¿qué, sino podredumbre social de la más mala son las limitaciones a nuestros sentidos? ¡Alegría de tener sensibilidad y de saberla conducir con acierto por entre el bosque de sensibilidades como la nuestra! ¡Alegría del amor que se sabe creador y nunca culpable!

Tener sentidos, tener instintos es perfectamente lógico. Educarlos y utilizarlos, más. ¿Qué esperan las escuelas absurdas donde se enfría la humanidad, para transformarse en su significación vital? Saber, saber, ¡oh, sí!, porque es indispensable. Pero aún más indispensable es conocernos, y ¿quién de vosotros aprendió eso en la escuela? Y en la vida, ¿se lo enseñaron con alegría? ¡Todo con dolor! No. El culto al dolor es excesivamente religioso, católico. Nos aguarda el culto a la Alegría, a la Felicidad, a la Naturalidad.

FLORENTINA

La Luna que se escapó del cielo

LA LUNA. — Muy buenas noches, amigos.
(*Por donde anda va una gran luz, rodeándola.*)

EL ABUELO — (*alargando las manos.*)
¿Quién entró?

LA LUNA. — Soy la Luna.

NIÑO y NIÑA. — ¡La Luna! (*maravillados.*)

EL ABUELO. — ¿Qué dice? ¿La Luna?

LA LUNA. — Sí; no te alarmes (*dando vueltas.*) ¿No enciendes la lumbre, Rafaelito? Hace frío dentro de la casa.

NIÑA — (*recobrándose.*) ¿Es que en el cielo no hace frío cuando va usted y viene sola?

LA LUNA. — No, porque entonces las estrellas me envían puñaditos de calor para sostenerme.

NIÑO. — ¿Y cómo dejó usted el cielo y se vino?

LA LUNA. — Porque estoy franca; mirad (*los arrima a la ventana*), ¿qué véis?

NIÑO. — Un aro flotando en el cielo.

LA LUNA. — Mi sitio. Es que hay eclipse hoy; el Sol me mira por detrás de la Tierra, y me harté y me vine con vosotros. ¿Os doy miedo?

NIÑA — (*suspirando.*) No, señora. Siéntese.

LA LUNA. — (*moviéndose con su luz redonda.*) Gracias; prefiero ver qué tenéis aquí.

ABUELO. — Señora Luna... señora Luna.
LUNA. — ¿Qué quieres, hombre? Habla sin miedo.

ABUELO. — No tengo miedo, es que me acordaba de cuando enseñaba a mis nietos a llamarla:

«¡luna, lunera,
cascabelera!»

¿Se acuerda usted? Ellos jugaban a la rueda en el patio, y usted se balanceaba en los hierros del aljibe, riéndose de la cancioncilla.

LUNA. — Entonces era verano. Yo salía por cima del monte, roja, roja...

NIÑA. — (*interrumpiéndola.*) Y conforme iba usted subiendo la escalerita del cielo se ponía blanca, blanca...

NIÑO — (*interrumpiéndola.*) Y cuando llegaba arriba de todo, empezaba a andar, a andar, con bufandas de nubes, con pedacitos de estrellitas en los ojos... (*Enciende el fuego.*)

ABUELO — (*sonriendo.*) Yo no veo, pero ellos me iban contando lo que ocurría. «¡Abuelito! ahora vienen muchos elefantes de nube, y van a comerse a la Luna.» Luego, cuando usted salía limpia y alegre de entre aquellas nubes feroces, ellos me gritaban: «¡Ha ganado, ha ganado la Luna!»

LUNA — (*satisfecha.*) Por eso que sé cuanto me quieren, he venido a verles, y a contarles cosas. ¡Si quisieran venir conmigo!

ABUELO — (*alarmado.*) ¿Y yo? ¿Qué voy a hacer yo solo y ciego?

NIÑA — (*entusiasmada.*) ¡Que se quede Rafaelito! Diga usted, señora Luna,

¿me llevaría de la mano por el cielo?

LUNA. — Sí que sí.

NIÑA. — ¿Y sería yo una estrella con cola muy brillante?

LUNA. — Sí que sí.

NIÑA (*loca de alegría.*) ¡Ay, que me voy, que me voy con usted! (*Resuelta.*)
Vámonos.

NIÑO — (*despechado.*) Yo, no; yo, no.

LUNA. — Porque no quieres, tonto.

NIÑO — (*esperanzado.*) ¿Me llevarías?

LUNA. — ¡Claro que sí!

NIÑO. — ¿Y sería yo un lucero muy grande que va siempre contigo?

LUNA. — Lo serías.

NIÑO — (*anhelante.*) ¿Y andaríamos los dos por todo el cielo, el uno con el otro, solitos, venciendo a las nubes y al viento?

LUNA — (*sonriente.*) Todo lo que quieras seríamos nosotros.

ABUELO — (*sollozando.*) ¡Ay, ay, ay!

NIÑA. — ¡Abuelín, abuelín mío! ¿Por qué lloras tú?

ABUELO — (*desconsolado.*) Porque os vais con la Luna y me dejéis solo y ciego en el mundo!

NIÑO — (*apenado.*) No llores más, que no nos iremos

LUNA. — No te aflijas, hombre; no se vendrán.

NIÑO — (*lo besa y se asoma a la ventana.*) Allí está tu aro, rueda que te rueda por el cielo.

LUNA. — ¿Qué hay en la ventana?

NIÑA. — Rosas.

LUNA. — Yo las volveré de plata.

NIÑA. — ¡No, que entonces no olerán!

NIÑO. — ¡Silencio! ¿No oís un ruido sorondo que viene poco a poco?

ABUELO. — Yo lo oigo desde que vino la Luna.

NIÑA (*asustada.*) ¡Es el mar que corre hacia aquí, todo el mar!

LUNA. — Ya comprendo. Es que como yo tiro del mar, pues vendrá hasta donde estoy.

ABUELO. — ¿Y nos ahogaremos?

LUNA. — Me iré, descuida.

NIÑA y NIÑO. — ¡Señora Luna! (*suplicantes.*)

LUNA. — Adiós. Si no me voy, os ahogará el mar.

EL MAR: ¡Uum.

ABUELO. — Váyase usted pronto, que yo soy ciego y no sé nadar.

LUNA. — ¡Adiós! (*Desaparece por la chimenea.*)

NIÑA. — Mírala, Rafaelito, cómo sube la escalerita del cielo! (*asomados a la ventana.*)

NIÑO. — Abuelo, ya estamos solos los tres.

ABUELO. — ¡Qué miedo pasé por si os ibais con ella!

NIÑA — (*pensativa.*) ¡Ser estrella y llevar cola de luz por el cielo!... (*Suspira.*)

NIÑO. — (*id.*) Ser lucero y acompañarla siempre por el cielo! (*id.*)

(*En la puerta se oyen unos golpes secos: troc, troc, troc, troc.*)

ABUELO. — ¿Quién será?

NIÑO. — ¡Pase quien llama!

ASTRÓNOMO — (*entrando, vestido con túnica larga estrellada y cucurucho, desesperado.*) ¿Han visto a la Luna, que se me perdió hace media hora y no la encuentro?

NIÑA. — Venga usted, señor astrónomo, a la ventana y la verá. (*El astrónomo saca su catalejo y la contempla.*)

NIÑO. — Se fué de aquí hace tres minutos.

ASTRÓNOMO — (*consultando su reloj.*)
Justo; el tiempo que yo tardé en subir las escaleras. Muchas gracias. Buenas noches. (*Sale.*)

ABUELO — (*respirando.*) ¡Buenas las pasemos! Rafael, Candelita (*ellos se acercan*), ¿cómo era? ¿de qué vino vestida la Luna? Hace muchos años que no la veo...

NIÑA. — Sólo traía la cara, abuelo; muy blanca, redonda, casi transparente.

NIÑO. — Parecía de rosas blancas, y de agua ligera. Me gusta mucho, más que la lumbre.

NIÑA. — Alguien sube, ¿oís? (*Se abre la puerta y entra una flor muy grande, balanceándose.*)

ABUELO. — ¿Quién es?

FLOR — (*con voz dulce.*) Soy una flor que se le cayó a la Luna cuando volvía a su sitio y que me vengo donde ella estuvo.

NIÑA. — ¡Qué bien huele, abuelo!

NIÑO. — ¡Qué hermosa es, abuelo!

ABUELO — (*alargando sus brazos.*) ¿Dónde está? Será la flor que la Luna cogió del patio donde jugabais cuando pequeñitos, una noche que yo regaba la tierra.

FLOR. — No puedo sostenerme sin agua; colocadme en un vaso.

NIÑA — (*la lleva junto a la ventana y la reclina allí.*) Para ti no tenemos vaso, eres muy grande; te hace falta un río.

(*Un rayo de luna viene por la ventana y se vuelve en el suelo, formando un río estrecho, de cristal.*)

FLOR. — La Luna me cuidará.

ABUELO. — Venid, hijitos a mi lado, tengo miedo.

NIÑA. — Te queremos mucho, abuelo.

NIÑO. — No temas nada.

(*Un gallo, afuera: ¡Ki, ki, ri, ki!*)

FLOR — (*se achica hasta quedarse del tamaño natural y cae.*)

ABUELO. — ¿Es el Sol?

EL SOL — (*entrando por la ventana.*) ¡Esa loca se escapó y vino a asustaros! Ya estoy yo aquí: tened confianza en mi fuerza!

ABUELO — (*levantándose y avanzando.*) ¡Sol, Sol!

NIÑO. — (*yendo a un rincón y durmiéndose.*) ¡Sí, pero ser lucero e ir con ella!...

NIÑA — (*acostándose junto a la chimenea.*) ¡Ser estrella y llevar cola de luz!...

(*el gallo: ¡Ki, ki, ri, ki!*)

(*se asoma por la ventana y mueve la cresta muchas veces.*)

CARMEN CONDE